

SICILIA

EL SUPERLATIVO DE ITALIA

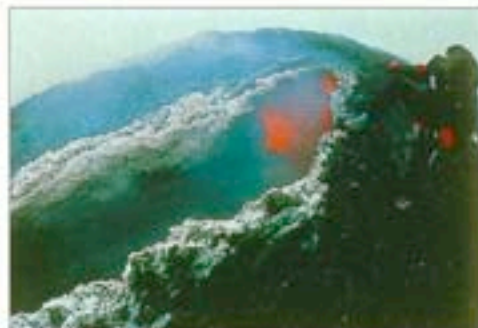
La mayor isla del Mediterráneo sorprende al viajero por su historia, volcanes y naturaleza escarpada.

ANTONIO ORTI

Si hay lugares que provocan con su sola mención un alud de imágenes en la retina, uno de ellos es Sicilia. Para quienes no han tenido la suerte de visitarla, hay que decir que es sinónimo de invasiones constantes -árabes, normandos, españoles, otomanos-, de orgullo y miseria, de calor asfixiante e incluso de mafia. Pero hay una forma más sencilla de referirse a ella: Sicilia es una isla, la más grande -25.708 kilómetros cuadrados- y poblada -casi cinco millones y medio de habitantes- del Mediterráneo, situada a caballo entre dos continentes y, por todo ello, con una personalidad propia.

Llegar a Palermo significa, por ejemplo, enfrentarse con mercadillos impensables en ciudades del norte de Europa, donde se exponen auténticos trastos a precios de ganga, por más que haya que regatear por ellos como si se tratara de cerámicas bizantinas o de joyas normandas. La primera impresión que produce es horrorosa: casas paupérrimas conviven con edificios propios de los 60, mientras un tráfico enloquecido lleva a motoristas sin casco a omitir cuantas señales de circulación se interponen a su paso. Sin embargo, cuando se conoce más despacio, se descubre una ciudad repleta de lugares de interés, ya no sólo los tradicionales museos, iglesias o teatros, sino también jardines árabes, mercados medievales y conventos capuchinos.





En esta isla es posible encontrarse con restos arqueológicos que pueden superar a los de la propia Roma. Además, teatros griegos muy bien conservados alternan con templos en honor a Apolo.



No debe extrañar, por ello, que esta ciudad haya merecido a lo largo de la historia el interés de personajes tan dispares como **Richard Wagner** —aquí compuso "Parsifal", mientras bebía vino de Marsala— y **Lucky Luciano**, el famoso *gangster* norteamericano, que vino a disfrutar a Sicilia su exilio dorado.

SIN TÉRMINO MEDIO

Sicilia es el superlativo de Italia, un lugar sin término medio que pasa de la pasión al terremoto, de la belleza tranquila a la erupción volcánica. Palermo —y por extensión Sicilia— es un lugar tranquilo, donde es posible pasear a medianoche sin miedo a ser incordiado. A decir de los lugareños esa posibilidad es más factible en ciudades como Milán o Roma. De hecho, el escepticismo siciliano hacia la Italia peninsular tal vez sea fruto de la desconfianza que provoca el norte, ya no sólo Turín, sino también Roma. Describir el carácter siciliano no es cosa sencilla. Con otras islas comparte esa flema casi británica —mitad socarrona, mitad ácida— por todo lo que viene de fuera, mientras que el orgullo y la introversión puede decirse que son señas de identidad propias. *"La naturaleza humana es aquí tan fuerte y digna de ser estudiada como las plantas y las rocas"*, escribía **Stendhal** refiriéndose a Sicilia. Pero también hay lazos comunes con la vecina Italia, como la pasta, el fútbol, la familia, los helados, las vespas y, cómo no, la pasión por los teléfonos móviles.

Dejar atrás los centenares de monumentos que esconde Palermo —a desta-

car "San Giovanni degli Eremiti" y el palacio Abatellis— y emprender viaje a Siracusa es como retroceder en la historia. Aquí, donde **Arquímedes** gritó "Eureka", es posible encontrarse con restos arqueológicos que por momentos parece que superan a los de la propia Roma. Teatros griegos maravillosamente conservados alternan con templos en honor a Apolo, mientras una suave brisa procedente del mar Jónico ayuda a mitigar un calor que algunas veces parece no entender de misericordia.

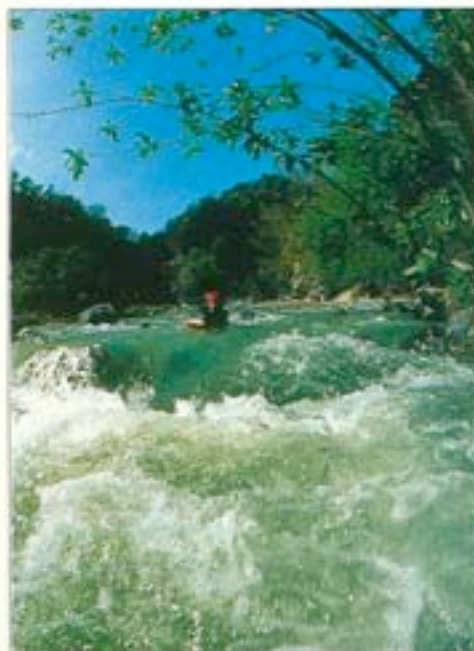
La temperatura en Siracusa, como en toda Sicilia, es muy elevada, por lo que las mejores épocas del año para visitar la isla son la primavera y el otoño. En este sentido, el calor reinante durante el estío guarda estrecha relación con la aridez ocre que padece buena parte de la geografía siciliana, sin que ello sea menoscabo para su belleza, como atestiguan esas montañas desnudas —que re-

Sicilia es el superlativo de Italia, un lugar de extremos, que pasa de la pasión al terremoto, de la belleza tranquila a la erupción volcánica.

cuerdan, a veces, a las de la costa de Almería— que se desploman en el mar.

Siracusa es parada obligada para cualquiera que visite Sicilia, incluso para los que no se sientan atraídos por la historia. El palacio Bellomo, el parque arqueológico de Neápolis, la iglesia de Santa Lucía y tantos otros monumentos bien merecen una visita, aunque sea con la excusa de degustar el magnífico atún a la plancha que se sirve en el puerto.

Por lo general la cocina siciliana no difiere mucho de la española o de la italiana —abundantes hortalizas, fruta, aceite de oliva, pescado, etc— y si por algo destaca es por sus especialidades cu-



La visitas culturales se pueden alternar con la práctica de algún deporte de riesgo.

> linarias: pasta con sardinas, pasta con olivas negras y alcaparras, pasta con mejillones y gambas y así hasta un largo etcétera. También merecen un lugar destacado, los helados, acompañantes inseparables de los lugareños a la hora de pasear, y la repostería —el típico dulce de la isla responde por "cannolo" y suele estar relleno de requesón.

BELLEZA VOLCÁNICA

Un lugar muy apropiado para entregarse a la buena mesa es Taormina. Aquí se reúne el turismo más granado de la isla y aquí se vinieron a vivir, entre otros, escritores de la talla de **Jean Cocteau**, **André Gide**, **Truman Capote** o **Thomas Mann**. Su elección no fue baladí. Taormina es un pequeño pueblo asentado en una montaña escarpada desde la que se divisa el Mar Jónico y el volcán Etna. Recorrer sus callejuelas empedradas es remontarse al pasado y descubrir viejas iglesias romanas —como la de Santa Caterina d'Alessandria— o uno de los teatros griegos más hermosos del mundo. También sus playas merecen mención destacada por la transparencia de las aguas y por viejas embarcaciones de pesca que cuando regresan al atardecer al pequeño puerto nos hacen sentir en un lugar de ensueño.

Por lo que se refiere al Etna, se trata de uno de los volcanes activos más fieros de Europa. Con sus 3.400 metros de altitud, es una gran masa humeante y cónica por cuyas laderas se reparten vi-

ñedos, nogales limoneros y pinos. Ante su sola presencia, las cámaras fotográficas parecen víctimas de ataques de incontinencia y disparan sus objetivos sin cesar, máxime al despuntar el sol o al esconderse.

Rodeado de una espesa bruma o de un manto de nubes, el Etna es la viva imagen de un gigante omnipresente que alarga su poder a muchos kilómetros a la redonda y cuyo carácter irascible es bien conocido por los viejos habitantes de la región de Catania. Entre las erupciones más importantes destaca la producida en 1669, cuando largos ríos de la lava amenazaron a las poblaciones colindantes y dejaron un rastro de destrucción que dio lugar a numerosas supersticiones y leyendas. Más recientemente, el Etna ha dado algún que otro susto en los 90, si bien los vulcanólogos modernos creen haber encontrado métodos —dinamita— para canalizar su ira.

Por lo demás, la región de Catania es especialmente indicada para la práctica de deportes como el *trekking* —es posible ascender hasta cerca del cráter del Etna—, el *windsurf*, el *hidrospeed* —siempre que exista suficiente agua— y el submarinismo. En relación con este último deporte, Sicilia dispone de algunos fondos marinos de interés, sobre todo los situados en las islas cercanas —caso de Favignana, Maréttimo y Ustica—. Algunas de ellas de tamaño tan reducido que para alojarse allí hay que alquilar habitaciones en casas particulares. ■

¿CÓMO IR?

Alitalia —Teléfono: 91 305 43 35— vuela casi diariamente a Catania —vía Milán o Roma— desde Barcelona y Madrid y otro tanto puede decirse de Iberia —91 329 57 67—, que dispone de múltiples conexiones con Italia. Otra opción es llegar a alguna ciudad italiana en avión y alquilar un coche —alrededor de 13.000 pesetas el día— para llegar a la isla. Al respecto, compañías como Avis o Hertz disponen de tarifas semanales mucho más baratas si se contrata el servicio desde España. Por lo demás, hay que intentar evitar los taxis, ya que son realmente caros.

¿DÓNDE ALOJARSE?

A pesar de que la oferta hotelera es amplia, conviene reservar con antelación. Los hoteles son algo caros —entre 10.000 y 14.000 pesetas la habitación doble en los de categoría media—, si bien a veces es posible pedir un precio especial si nos vamos a quedar varios días. Entre los recomendables destacan: **Palermo: Villa Ignea Grand Hotel** (Telf.: 091 543744). Es tal vez el mejor hotel de la isla y de ahí sus cinco estrellas. La decoración es modernista y el servicio impecable.

Taormina: Lido Caparena (Telf.: 0942 652033). Situado a pie de playa, sus cuatro estrellas dan derecho a una arena limpia y a una piscina más acogedora que espectacular.

Siracusa: Grand Hotel (Telf.: 464600). Situado a la entrada de Ortigia, este establecimiento de cuatro estrellas dispone de una vista fantástica sobre el mar Jónico.

¿QUÉ COMPRAR?

Además de las inevitables reproducciones de antigüedades, destacan las piezas de cerámica —son famosas las de Caltagirone— y piezas de orfebrería talladas con coral.

Más información:

Ente Nazionale per el Turismo.
Gran Vía 84, 1º, 1º (Madrid)
Teléfono: 91.5599750
5598869/5423721.